

# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

## EL CURA DE CUCUÑAN

—« »—

Todos los años, por la Candelaria, los poetas provenzales publican en Aviñon un bonito libro lleno de hermosos versos y de cuentos encantadores. El de este año acabo de recibirlo, y en él encuentro una admirable historieta que voy á intentar traducir abreviándola un poco...

Hela aquí.

El abate Martin era cura... de Cucuñan.

Bueno como el pan, franco como el oro, amaba con cariño paternal á sus cucuñaneses; para él, su Cucuñan hubiera sido el paraíso terrenal, si los cucuñaneses le hubiera dado un poco más de complacencia. Pero ¡ay! las arañas hilaban sus hebras en su confesonario y el día de Pascua las hostias se quedaban en el copón.

El buen sacerdote tenía el corazón apesadumbrado y todos los días pedía á Dios la gracia de no morir antes de haber traído al redil sus ovejas descarriadas.

Ahora, vais á ver cómo Dios le escuchó.

Un domingo, después del evangelio, el señor Martin subió al púlpito.

«Hermanos míos, dijo, vosotros podéis creerlo ó no podéis creerlo, como os dé la gana, pero la otra noche soñé que me encontré yo, miserable pecador, á la puerta del paraíso.

Llamé: San Pedro me abrió.

—¡Callal soís vos, mi querido señor Martin,—me dijo.—¿Qué buen viento os trae?... y ¿en qué puedo seros útil?

—Buen San Pedro, vos que teneis el libro grande y la llave, ¿podrías decirme, si no es demasiada curiosidad, cuántos cucuñaneses teneis en el paraíso?

—No puedo negaros nada, señor Martin: sentáos, vamos á ver la cosa entre los dos.

Y San Pedro cogió un gran libro, lo abrió y se puso los anteojos:

—Vamos á ver: Cucuñan, decimos, Cu... Cu... Cucuñan. Aquí está. Cucuñan... Mi buen señor Martin, la página toda en blanco. Ni un alma. No hay aquí más cucuñaneses que espinas tiene un pavo.

—¡Cómol! ¿Nadie de Cucuñan aquí ¿nadie? ¡Esto no puede ser! Mirad ¡mejor.

—Nadie, santo hombre. Mirad vos mismo si creéis bue yo me chancéo.

—¡Pecador de mí!—Herí el suelo con los piés y juntando las manos pedí á gritos misericordia. Entonces San Pedro dijo.

—Creedme, señor Martin, no hace

falta que os pongais de esa manera pues podiais tener una fluxion de sangre. Esto no es culpa vuestra, después de todo, vuestros cucuñaneses, de seguro, están haciendo su cuarentena en el purgatorio.

—¡Ah! ¡por caridad buen San Pedro! haced que yo pueda á lo menos verlos, verlos y consolarlos.

—¡Con mil amores, amigo miol... Tomad, poneos deprisa estas andalias, porque los caminos no están muy buenos. Perfectamente... ahora caminad, caminad todo derecho. ¿Veis allá bajo, en el fondo, á la vuelta? Encontrareis una puerta de plata tachonada de cruces negras... á mano derecha... allí llamareis y os abrirán... ¡adios! que os mantengais tan bueno y tan ágil.

Y yo empecé á andar... ¡á andar!... ¡qué camino! Se me pone carne de gallina solo al recordarlo. Una senda estrecha llena de abrojos, de moscas verdes que relucian y de serpientes que silbaban, me condujo á la puerta plateada.

—¡Pam! ¡pam!

—¿Quién llama?—pregunta una voz apagada y doliente?

—El cura de Cucuñan.

—¿De?

—De Cucuñan.

—¡Ah! entrad.

Entré. Un gran ángel, hermoso, con las alas negras como la noche, con un traje resplandeciente como el día, con una llave de diamantes colgada á la cintura, escribía, crás-crás, en un gran libro, más grande que el de San Pedro...

—¿Qué queréis, qué pedis? dijo el ángel.

—Buen ángel del señor, yo quisiera saber,—tal vez sea mucha curiosidad,—si están aquí los cucuñaneses.

—Los?....

—Los cucuñaneses, las gente de Cucuñan, porque yo soy su parroco.

—Ah! el abate Martin, no es eso?

—Para serviros, señor ángel.

—Decis, pues, Cucuñan...

Y el ángel abre y se pone á hojear su gran libro, mojandose la yema del dedo para que las hojas corran mejor...

—Cucuñan, dice dando un hondo suspiro... Sr. Martin, no tenemos en el purgatorio nadie de Cucuñan.

—¡Jesús, María y José! ¡Nadie de Cucuñan en el purgatorio, ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios todopoderoso! ¿Dónde están entonces?

—¡Ehl santo varon, estarán en el Paraíso. Donde diantre quereis que estén?

—Pero si vengo del paraíso...

—Venís de allí ¿y qué?

—¡Y qué! ¡que allí no están...! ¡Ay,

madre mia de los ángeles.!

—¿Qué quereis; señor cura? Si no es tán ni en el paraíso ni en el purgatorio no hay remedio, están...

—¡Santísima Cruz! ¡Jesús, hijo de David!, ay!.. ay!.. ay!.. ¿será posible ¡Ay, pobres de vosotros! ¿cómo iré yo? al paraíso si mis cucuñaneses no están allí?

—Escuchad, mi pobre Sr. Martin; puesto que quereis á toda costa estar seguro de todo esto y verlo con vuestros propios ojos, tomad por esa sendita y pasadla corriendo, si sabeis correr... A la izquierda encontrareis un portal grande. Allí os enterareis de todo. Que Dios os guarde.

Y el ángel cerró la puerta.

Era aquel un largo sendero lleno de brasas ardiendo. Yo oscilaba como si hubiese bebido; á cada instante daba traspies, estaba todo mojado, cada pelo de mi cuerpo tenia una gota de sudor y me abrasaba de sed. Pero ¡á fé mial gracias á las andalias que el buen San Pedro me habia prestado, no me quemaba los piés.

Cuando pian piano, hube dado muchos pasos y no pocos tropezones, ví á mano izquierda, un enorme portalon que abrasaba como boca de horno. ¡Ah, hijos míos, qué espectáculo!... Allí nadie me pidió mi nombre; allí nada de registro. Por hornadas y á puerta llena, se entraba, allí hermanos míos: se entraba como entráis vosotros los domingos en la taberna.

Yo sudaba enormes gotas y sin embargo, estaba aterido, sentia estremecimientos de frio. Mis cabellos se erizaban. Oía á quemado, á carne asada, á algo así como el olor que se esparce en nuestro Cucuñan, cuando Eloy, el veterinario quema con el hierro ardiendo, los cascós de algun burro viejo. En este ambiente abrasado y hediondo, perdía el aliento y oía un horrible rúmor de gemidos, sollozos y juramentos.

—¡Y bien! ¿entras tú, ó no entras? me dice pinchandome con su tenedor un cornudo diablo,

—¿Yo? yo no entro. Yo soy un amigo de Dios...

—¿Tú eres amigo de Dios? eh?... puerco tiñoso, entonces ¿qué vienes á hacer aquí.

—¡Yo vengo!.. ¡ay! no me habéis así que no puedo tenerme sobre mis piés... Yo vengo... vengo de lejos... humildemente á suplicaros... si por casualidad.. tendríais aquí alguno... alguno de Cucuñan!

—¡Ah fuego de Dios! te haces el tonto como si no supieras que todo Cucuñan está aquí! Mira, cuervo, mira y verás como arreglamos aquí á tus famo-



sos cucuñaneses!

Y ví en medio de un espantoso torbellino de llamas, al célebre tío Gallina, —vosotros le habeis conocido todos, hermanos míos... —aquel tío Gallina que se empinaba todo los días el codo y le sacudia el polvo á su pobre mujer.

Ví á Catalina... la corretona, aquella de las narices abiertas... que enredaba con su lengua medio pueblo.

Ví á Pascualon, aquel largo de uñas que hacia todos los años aceite con las olivas del vecino.

Ví á Mariquita la segadora, que para acabar más pronto su haz, metia mano á los hacés de los demás.

Ví al tío Malalengua el que queria hacer andar más aprisa las ruedas de su carreta á fuerza de blasfemias.

Y á la tía Pepa la tendera, la que convertía en vino el agua de su pozo.

Y al tío Ranacuajo; aquel que cuando me encontraba llevando al Señor, seguía su camino con el gorro calado y la pipa en la boca como si hubiese encontrado un perro:

Y al ganapan de Colás, con aquellos hijos tan mal educados..»

Y á Juana, la mala esposa.

Y á Pedro, el mal marido.

Y Santiago, el matachin.

Emocionado, transido de miedo, el auditorio gemia, viendo en el infierno abierto, quién á su padre, quién á su madre, quién á su abuela, quién á su hermana...

«Bien veis, mis hermanos, continuó el buen abaté Martín, bien veis, que esto no puede seguir así.

Yo tengo á mi cargo la cura de almas, y yo quiero, salvarus del abismo donde estais á punto de caer de cabeza. Mañana pongo manos á la obra, mañana sin falta. Y la obra no saldrá mal. Hé aquí cómo me lo arreglaré. Para que todo salga bien, es preciso hacerlo todo con orden.

Mañana lunes, confesaré á los viejos y viejas. Eso no es nada.

Martes, los niños. Pronto habré concluido.

Miércoles, los jóvenes. Esto será más largo.

El juéves los hombres. Tendré que apretar más.

Viernes, las mujeres, á quienes les diré que no me cuenten historias.

El sábado, al molinero... Se necesita un dia para él solo...

Y el domingo, hemos terminado.

Ya lo veis, hermanos míos. Cuando el trigo está maduro, es preciso cortarlo; cuando el vino está á punto, es necesario bebérselo. Hay mucha ropa sucia, y es preciso lavarla, y lavarla bien.

Es la divina gracia la que yo os deseo. Amén.»

Y dicho y hecho. Se coló la legia.

Desde este domingo memorable, el perfume de las virtudes de Cucuñan, se respira en diez leguas á la redonda.

Y el buen pastor, señor Martín, dichoso y lleno de alegría, ha soñado la otra noche, que seguido de toda su gente andaba en resplandeciente procesion en medio de cirios encendidos, de una

nube de incienso que embalsamaba el aire y de niños que cantaban el *Te-Deum*, el camino estrellado de la ciudad de Dios.

Y aquí concluye la historia del cura de Cucuñan.

Traducido de Alfonso Daudet, por *La Correspondencia Alicantina*, y arreglado para LA LECTURA POPULAR por

A. C. y G.

## IDLIO DE NOCHE-BUENA

Las doce la campana

dá de la torre,

y un hombre que la obscura

calle recorre,

con voz de trueno

va gritando: «las doce

son y sereno.»

—Pero buen hombre, mira

bien lo que dices.

¿Sereno está y la nieve

dá en las narices?

El no hace caso

y, «sereno» diciendo,

aprieta el paso.....

Mas ¿qué miro? ¡Dios mío!

Razón tenía

el buen viejo nocturno

cuando decía

noche serena,

¡más que las alumbradas

por luna llena!

Que no veo los astros

del firmamento,

pero sí en las ventanas

luces sin cuento;

luces tan bellas

que envidia no tendrían

á las estrellas.

Allí una nueva surge,

allí otra pasa

de vidriera en vidriera,

de casa en casa.

¡Oh! ¡Qué contento

inspira, Niño mío,

tu nacimiento!

El hace en un instante

de noche dia;

de noche rusa, noche

de Andalucía:

llamas ardientes

de corazones fríos,

indiferentes.

¿Qué hará de las mansiones

donde enamora

el candor é inocencia

que en ellas mora?

¡Oh! ¡Que consuelo!

Cada ser es un ángel,

la casa un Cielo.

La madre no ha dormido

porque el cuidado

de escuchar al sereno

la ha desvelado.

Oye sus gritos

al fin, y va á la cama

de sus chiquitos.

Iba á gritar: «rapaces,

afuera manta;

que el sereno en la calle

lás doce cantá;

todos arriba,

que al que quede le pongo

como una criba...»

Pero ¿cuál es su gusto;

cuál su sorpresa

al ver la lechigada

que está ya tiesa

corriendo el cuarto

con ojos más abiertos

que de lagarto?

Los que otras noches duermen

á pierna suelta,

y al despertarlos madre

dan media vuelta,

hoy por la silla

del lecho se descuelgan

á maravilla.

«Trae ese silbo, Pedro;

toma, Juanito;»

y Pedro, y Juan, y todos;

con cada pito

van en reata

á dar á sus abuelos

la serenata.

Salen los viejecitos

con su cachaba;

contemplan á sus nietos;

les cae la baba,

y de contento

lloran, ríen, suspiran

en un momento.

Y hacen tales extremos,

dán tales gritos,

así los grandes, como

los pequeñitos,

que los extraños

dicen: «cosas de gentes

de pocos años.»

Así es verdad, que niños

y viejos, todos

convergen en la infancia,

por varios modos;

éstos infantiles,

después que fueron hombres;

aquellos, antes....

Mas ¿qué es esto, que súbito

cesa el bullicio

que los vecinos todos

sacó de quicio?

¿Qué ha decer? nada;

que ha sonado del padre

ya la palmada.

«Chicos, arrodilláissos

aquí un momento;

y antes que descubremos

el nacimiento,

sin más hestorias

recemos unas cuantas

joculatorias.

Y vieras allí juntas

puestas las manos,

padres, sobrinos, tíos

primos, hermanos,



abuelo, abuela,  
cuñados, en fin, toda  
la parentela.

¡Qué cuadro, cielo santol  
¿y quién le mira  
que llorando de gozo  
no se retira?

Cuadros tan bellos  
tú sólo, fé cristiana,  
puedes hacellos.

Ya no quiero las juntas  
que el mundo cría,  
que allí veo discordias,  
aquí armonía;  
allí locura,  
aquí paz; allí pena,  
aquí ventura.

Mirad, ya se levantan;  
hechas sus preces;  
ya los niños empuñan  
los almoreces;  
ya la zambomba  
en el empalizado  
techo rimbomba;

Ya los hierros, panderas  
y castañuelas,  
al són son agitados  
de cantinelas;  
grandes y chicos,  
todos, todos entonan  
los villancicos.

Un rapazuelo canta:  
«Ven, Niño mío,  
no tengas miedo al hambre  
ni miedo al frío;  
que una cabaña  
más abrigada tienes  
que el rey de España.»

Y con tal gracia entona,  
que al pobre abuelo  
le parece que tiene  
su nietezuelo,  
mientras que canta,  
un nido de jilgueros  
en la garganta.

Siguen despues el turno  
de sus cantares  
las voces ya cascadas  
y seculares,  
á cuyos ecos  
murciélagos y buhos  
dejan sus huecos.

Y luégo, recorridos  
dos lienzos viejos  
¡oh dichal se divisan  
allá á lo lejos  
aglomerados  
ríos, jardines, casas,  
montes y prados.

Jesús! Jesús! ¡qué voces  
y qué chillidos!  
todos llevan las manos  
á los oídos;  
los niños solos  
las apróximán hacia  
los chirimbolos.

Allí no sabe nadie

lo que le pasa  
al ver tantas iglesias,  
y tanta casa  
y tanto busto:  
alguno de los cuales  
es tan vetusto.

Que pese á D. Quijote,  
pese á quien pese,  
creo son las reliquias  
que al gran Maese  
Pedro dejaron  
cuando sus figurines  
desbarataron.

«Madre, dice Juanito  
con suave tono,  
aquí está el Niño en pajas,  
mire qué mono.»  
«Ves, hijo mío  
ese niño es Dios hombre  
y tiene frío;

Porque ni pa cubrirse  
tiene pañales,  
y al pobre le calientan  
dos animales;  
anda, Juanito,  
dile que le amas mucho,  
dale un besito.»

El niño va á besarle  
lloriqueando,  
y al ver á su abuelita,  
en tono blando,  
que le consuela,  
pregunta: «¿y ese Niño  
no tiene abuela?»

—Su abuela, le responde,  
lo fué Santa Ana  
pero ha muerto porque era  
ya muy anciana  
el día y hora  
en que vino á este mundo  
Nuestra Señora.—

—No llores, dice el padre,  
mira allí arriba  
qué tres camellos vienen,  
¡mira qué jiba!  
Ríe el chicnelo,  
recordando sin duda  
la de su abuelo.

Y va con sus hermanos  
atentamente  
mirando lo que trae  
toda la gente:  
unos cuajada,  
otros miel, otros tortas,  
algunos... nada

Mucho á los chiquitines  
les embelesa  
aquel pastor que cuida  
en la dehesa  
de sus vaquillas,  
y un chico que á su lado  
vende cerillas.

Pero lo que á sus ojos  
más entretiene,  
es el tren que allá lejos  
soplando viene;  
y más toavía

una vieja que borña  
junto á la vía.

Despues ven allá lejos  
cuatro campanas,  
y debajo un convento  
(cuyas ventanas  
son obra de arte,  
pues la luz las traspasa  
de parte á parte);

Y y las puertas un fraile,  
que por lo serio  
ser el abad parece  
del monasterio;  
y es tal su altura,  
que el campanio roza  
con la cintura.

¿Qué más? Junto á la tapia  
ven un remanso  
de cristalinas aguas,  
en donde el ganso  
que se zambuzca  
hace sombra al besugo  
y á la merluza.

Y más acá dos hombres  
con dos pistolas,  
persiguiendo á las fieras,  
que no están solas,  
sino vecinas  
á una turba de patos  
y de gallinas....

—Todo me gusta mucho  
(dice un chiquito);  
más la casa de Herodes  
yo no la he visto.—  
El padre, puesta  
la mano hacia una esquina  
va y le contesta:

—¿Ves un coche parado  
con dos lacayos  
junto á un casón cubierto  
de pararrayos?  
Pues ese coche....—

Iba á contar la historia  
á troche y moche,  
cuando su voz la madre  
interrumpiendo:

—¿Qué haces tonto?—le dice—  
¿Pues no estás viendo  
que les daría  
al ver los Inocentes  
melancolía?

—Por eso puse á Herodes  
en una esquina.—  
Tira, sin más palabras,  
de la cortina,  
mata la llama  
y los envía á todos  
luego á la cama.

Dejando así dormidos  
á sus amores,  
vase á escuchar la Misa  
de los pastores.  
Torna de día,  
y con ella los cánticos  
y la alegría.

C. EGUIA Y RUIZ.



SUETOS Y VARIEDADES

**Ha sido declarada Patrona del Arma de Infantería la PURÍSIMA E INMACULADA CONCEPCIÓN.**

Con este motivo se ha celebrado en Madrid por primera vez una gran fiesta religiosa á la que han asistido representaciones de todos los cuerpos y zonas militares.—Esta resolución del ministerio de la guerra que tiende á mantener vivo el sentimiento religioso del gran ejército español es digna de todo aplauso.

Por la fé se ha cubierto siempre de gloria nuestro ejército en cien memorabilísimos combates; mientras haya fé viviremos; el día que la fé se estinga en España, ¡ay de nosotros!

**Está visto** que la asquerosa mano de la masonería trata de apoderarse del magisterio como de una palanca poderosa para descrisitianizar á la infancia.

Ahora resulta que el último Congreso pedagógico celebrado con el pretexto del centenario de Colón, encerraba otra embuchada láica por el estilo de la que se descubrió en aquella asamblea de maestros, iniciada por el librero D. Saturnino Calleja, en la cual se abogó por la enseñanza independiente de toda tutela católica.

Afortunadamente, esta vez, la mano masónica ha recibido un golpe en los nudillos y á la secta le ha salido el tiro por la parte posterior. Los profesores de instrucción primaria asociados al desacreditado Congreso han dirigido un manifiesto á todos sus compañeros de España explicando lo ocurrido en dicha asamblea y una protesta contra la presión que la secta trata de ejercer sobre los maestros.

He aquí un trozo de esa protesta que descubre perfectamente la maraña.

“...Los organizadores del Congreso fueron esos que nos ridiculizan porque todavía hablamos á nuestros discípulos de Dios y de nuestra sacrosanta Religión, como si fuera posible, no sólo callarnos, sino dejar de hablar muy alto á nuestros educandos de una Religión que bebimos, envuelta en amorosos besos, en los amantes lábios de nuestras madres; de una Religión que ha producido á España días de impercedera gloria é inmarcesibles laureles, como el que en la actualidad reverdece, y que, coronando la frente de la patria, forman nuestro orgullo; de una Religión sin la cual, y esto debemos decirlo muy claro, los maestros españoles no concebimos la posibilidad de educar.”

Con gusto hacemos constar esta declaración y felicitamos por ella á los dignísimos maestros españoles.

¡Fuera mandiles!

**La masonería** debe estar muy disgustada porque con ocasión de las fiestas militares de que hablabamos antes, celebradas en honor de la Inmaculada Concepción, Patrona de la Infantería española, esta ha dado en muchas poblaciones muestras de su fé y de su entusiasmo, celebrando banquetes, en los que se han pronunciado brindis pocas veces oídos.

¡Ah! si se dejase al nobilísimo pueblo español franco y abierto el camino de su fé removiendo los obstáculos que le oponen una libertad hipócrita y falsa concedida sólo para combatir el bien, ya se vería lo que es ese pueblo.

**En Alemania** ha sido condenado á cuatro meses de prisión el ingeniero químico Carlos Boeger, judío, por sus blasfemias contra Nuestro Señor y la Santísima Virgen.

En cambio en España (Alicante) ha sido absuelto un periódista masón llamado Cabot Cahuet, á pesar de haber disparado cuanto se le ha antojado contra la Religión y sus ministros.

Y en Alemania son protestantes. Y nosotros somos Católicos. Es decir ca... católicos—liberales, que no es lo mismo que católicos á secas. Y si nó que lo diga el ciudadano Cabot Cahuet.

**Dime lo que te molesta y te diré lo que eres.**—En Barcelona existe una asociación de católicos que tiene por objeto perseguir ante los tribunales los delitos de imprenta cometidos contra la Religión y la moral. ¿Puede darse un fin más laudable que el de perseguir á esa prensa inmunda que escarcece las más santas creencias que pervierte al pueblo sencillo con escritos y grabados indecentes, que desacredita con afrentosas calumnias á personas religiosas que no pueden defenderse, y que trabaja por cuantos medios están á su alcance para extinguir la fé, la inocencia y el dinero del pueblo?

Pues bien, á algunos periódicos liberales les ha parecido la cosa tan mal que han alzado la voz para protestar contra esa sociedad.

He ahí el liberalismo de cuerpo entero.

**Antes de 1870** habia en Roma nueve hospitales. El gobierno antipapal en cuanto usurpó el cetro pontificio comenzó á apoderarse de las rentas de los pobres enfermos diciendo que las administraría mejor que los Papas. Y en efecto... hoy de los nueve hospitales no quedan más que seis, por que el gobierno ya no puede ni quiere suministrar dinero. El piadoso capital se ha ido entre guapos y valientes.

**Bajo secreto de confesion** ha recibido recientemente un capellan del monasterio de los Descalzos Reales, de Madrid, la cantidad de 15'000 pesetas en concepto de restitucion, las cuales han sido entregadas á sus legítimos dueños.

CONTRASTE

—¿Quién lanza en esa jaula Gritos tan roncocs?

¿Es acaso una fiera? —No, que es un loco;

Un pobre hombre Que enseñaba en su cátedra Que éramos dioses

—¿De quién es esa austera Sagrada imagen

Que veneran los pueblos En los altares?

—De un Sacerdote Que enseñaba en el púlpito Que éramos hombres.

J. A

PENSAMIENTOS

La perversidad hace el mal, la debilidad lo consiente, la ignorancia lo aplaude.

No hay virtud sin religion, ni felicidad, sin virtud.

BIBLIOTECA DE LA LECTURA POPULAR

Ha salido á luz el opúsculo número 6 con el siguiente

SUMARIO

El Doctor Campanetas.—Antítesis.—Dichosos los que creen.—Fábula.—El secreto.—Pregunta y respuesta.—Buena contestación.—Tipos ilustrados.—Máxima.—Cosas asombrosas.—Dios es tan bueno.—La paz del alma.

Precio 10 cuadernos 0'60 de peseta 100—5'50 y 1000—50.

Cuaderno suelto 10 céntimos.

Franqueo separado á razon de 50 céntimos de peseta cada 100 cuadernos.

Se ha puesto en venta la segunda edición del tomo segundo de LECTURAS POPULARES cuya primera edición se hallaba agotada. Pueden hacer sus pedidos á la administración de La Lectura Popular los que tengan las colecciones incompletas.

En breve saldrá á luz el cuarto tomo.

BIBLIOGRAFIA

LA EXISTENCIA DE DIOS Y EL CRISTICISMO KANTIANO,—por D. José Miralles Pbro. catedrático del Seminario de Palma de Mallorca.

CANTO Á LA CRUZ por D. Miguel Amat y Maestre: segunda edición. Este es uno de los folletos católicos que ha publicado el inspirado poeta y decidido campeón de la causa católica Sr. Amat Vendese á 25 céntimos de peseta en todas las librerías católicas, y en Petrel casa del autor.

EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTION, estudio acerca de tan curiosos fenómenos, considerados bajo diferentes puntos de vista por, D. Eduardo Aragon Obispo, licenciado en medicina.—Con aprobación eclesiástica.—Precio 3 pesetas.—De venta en las principales librerías católicas y en Astorga.—Viuda é hijo de Lopez.

Al descubrimiento de América. Poema en silva por D. Ramon Franquelo y Romero. Madrid. Sociedad editorial de S. Francisco de Sales—Bolsa 10—principal—Precio 50 céntimos de peseta.

LA LECTURA POPULAR.

Estapublicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	20	pesetas mensuales
Media id.	10	"
Un cuartoid.	5	"
Un octavo id.	2'50	"

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.